

## HACIA UNA EDUCACIÓN DE CALIDAD

Thomas Alva Edison, empresario y prolífico inventor estadounidense que tiene a su haber más de mil patentes dijo una vez: “Genialidad es 1% inspiración y 99% transpiración”. Albert Einstein y Ana Pavlova formularon expresiones similares relativas a la receta para lograr la excelencia en sus respectivas disciplinas. Las proporciones de la mezcla varían según la cita, pero todos ellos – genios en su campo – coinciden en que la sabiduría y la excelencia no vienen sin esfuerzo. Y dado que el aprendizaje, la invención y el descubrimiento son procesos mentales similares – mientras descubrir es conocer algo que es nuevo para todos, aprender es conocer algo que es nuevo para uno – podríamos parafrasear a estos referentes diciendo: “Educación es 1% inspiración y 99% transpiración”. La inspiración es provista por el educador, el guía y maestro; el sudor lo aporta el educando.

Esto debiera ser una importante señal de advertencia para nuestros hijos y nuestras autoridades públicas, porque tanto en las demandas de los primeros como en las soluciones planteadas por las últimas se advierte la existencia de un paradigma radicalmente distinto: El supuesto de que una educación de calidad se obtiene abordando el factor que contribuye en la menor proporción, mientras se relega a un segundo plano aquél que contribuye en la mayor medida (la disposición que debe tener el educando a realizar un esfuerzo considerable y persistente).

Es que la Universidad es un lugar de esfuerzo y compromiso. De sacrificio y superación. La Universidad no es el lugar de los que más saben. Es el lugar de quienes creemos no saber lo suficiente. Porque no hay mácula en la ignorancia. Lo admitió el ignorante más ilustrado de la historia (valga el oxímoron) al declarar “Sólo sé que nada sé”. Porque la soberbia o la arrogancia no conducen a la sabiduría. En efecto: el primer acto que conduce a esta forma sublime del conocimiento es un acto de fe y humildad. Fe porque tengo que creer antes de saber. Humildad porque tengo que creer que no sé todo, y que existe algo nuevo y valioso que ignoro y que merece mi esfuerzo: que merece ese 99% de transpiración.

Benjamin Singer, destacado psicólogo educacional canadiense concluyó, en su investigación sobre el desempeño de los estudiantes, “que los malos alumnos en general no tenían objetivos claros, carecían de perspectiva futura y creían que su futuro estaba en manos del destino. No tenían control sobre sus propias vidas”. El estudio también reveló “que los buenos estudiantes tenían una mayor sensación de control sobre sus vidas y podían hacer planes de 5 a 10 años”. El nivel de inteligencia y el contexto familiar no eran los indicadores clave de los buenos alumnos: “Algunos de los mejores estudiantes provenían de situaciones familiares y sociales difíciles y no habían obtenido buenos resultados en las pruebas de inteligencia. Algunos de los peores estudiantes habían obtenido excelentes resultados en esas pruebas y provenían de las mejores familias”. ¿Cuál era entonces la diferencia clave? Visión. Lo que todos los buenos estudiantes tenían en común era una visión positiva y clara de su futuro.

Por eso, cada vez que veo a estudiantes y autoridades declarar repetidamente que la educación es un derecho, pienso de inmediato, y con mucha mayor fuerza: ¡Sí!... ¡Y estudiar es un deber!

Fe y trabajo... Fides et Labor. Como nunca antes se me ha manifestado con tanta claridad y fuerza el lema de nuestra querida Universidad, que nos enseña el camino hacia la Verdad.

Y agrego: testimonio y ejemplo que todos los miembros de esta comunidad estamos llamados a dar, de palabra y de obra.

Muchas gracias,

Norberto Sáinz – 06/08/2015